

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 30

Dharma

Por Gabriel Burgos Suárez

DHARMA

Gabriel Burgos Suárez

Dharma es una palabra sánscrita prácticamente desconocida en occidente, de modo que, antes de definirla, debemos tratar de entender la idea que representa. Todos los seres humanos estamos evolucionando en conciencia hacia el ideal del Hombre Perfecto, como hemos visto en capítulos anteriores; todos, algún día, alcanzaremos esa meta. Pero todos estamos en puntos o estados diferentes de desarrollo. Algunos seres todavía se encuentran en un estado muy primitivo de progreso interno; otros — la mayoría — nos encontramos dentro de un muy amplio estado de desarrollo intermedio que consideramos como el *normal*; y otros, en menor número, van más adelante, y constituyen la avanzada de la humanidad. Sin embargo, todos, no importa el estado en que nos encontremos, no hemos alcanzado aún la meta de perfección y, aunque nuestra mente concreta no lo sepa, luchamos conscientemente como almas por lograrla.

Si todos estamos en diferentes estados de desarrollo, las condiciones para avanzar, desde el punto en que nos encontremos, deben ser también diferentes, especiales y únicas para cada uno. Por ejemplo, para obrar bien, un hombre cautivo dentro de los dogmas de las iglesias de distintas denominaciones, encuentra útil la idea de evitar algún tipo de castigo, como la posibilidad de ir a un infierno eterno. Esa idea no hace ninguna mella en un ser humano algo más avanzado que está buscando su salvación o liberación personal. Para éste, con su sentido egoísta, el conocimiento de ciertos principios le puede ser útil en su empeño, que está muy lejos del altruismo y solidaridad con los demás. Para un ser aún más avanzado, las metas de los dos tipos anteriores no tienen ningún sentido. Posiblemente está tan interesado en el dolor que hay en el mundo por tanta ignorancia sobre el objeto y propósito de la vida, que se olvida de sí mismo y dedica todas sus energías y conocimientos para abrir las mentes y los corazones de cuantos puedan estar bajo su influencia para producir un cambio positivo y permanente en su sentir y comportamiento, como lo hicieron seres extraordinarios como los fundadores de la Sociedad Teosófica, Helena Petrovna Blavatsky y Henry Steel Olcott, y personas como la señora Annie Besant, continuadora de su obra, de quien tomo las ideas para este capítulo de su magnífico libro *Dharma*. Y en grado aún mayor, seres como los fundadores de las grandes religiones del mundo, y así sucesivamente.

De modo que el *Dharma* opera en todos los seres, en cualquier grado de desarrollo en que se encuentren, pero no de igual manera en todos, sino de acuerdo a lo que necesita cada uno para su crecimiento espiritual. Lo primero que hay que comprender bien es que el *Dharma* no es una cosa exterior, como la ley, la virtud, la religión o la justicia; es la ley de la vida que se despliega y modela a su propia imagen todo lo que es exterior a ella.

Veamos entonces la definición que la señora Besant nos da de *Dharma*. Para su mejor comprensión, nos la hace ver en sus dos componentes fundamentales: en qué grado de desarrollo se encuentra el ser, y le ley que lo conduce al período siguiente. Tenemos entonces que,

- 1) **El *Dharma* es la naturaleza interior que ha alcanzado en cada hombre un cierto grado de desarrollo y florecimiento. . .**

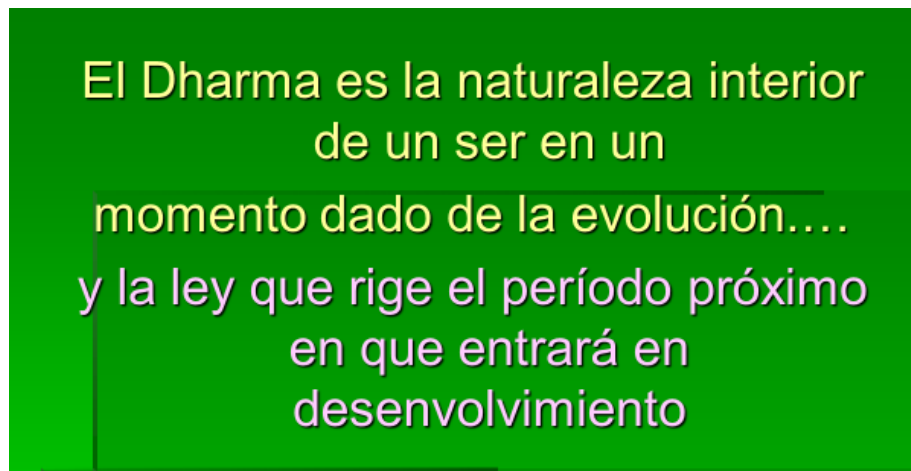
Esta naturaleza interior es la que modela la vida exterior, la que se expresa por los pensamientos, palabras y acciones, y a la que el nacimiento físico ha colocado en un medio favorable a su crecimiento. Pero la vida dada por Dios, no es una vida desarrollada, sino una vida susceptible de desarrollo. Hay grandes diferencias entre unos y otros en este desarrollo fundamentalmente por las diferencias de edad; no todos comenzamos nuestra evolución como seres humanos al mismo tiempo. Los que comenzaron antes van más adelante de los que comenzaron después. La edad del ser en curso de desarrollo determina el grado alcanzado por él.

La vida es una, una en todo, pero dado el germen que crece, ha iniciado su recorrido en diferentes épocas. Aquí está la misma raíz del problema. Las facultades inherentes se manifiestan más o menos proporcionalmente a la edad de la vida separada.

2) ... Más la ley conducente al período de desenvolvimiento que va a seguir.

Pongamos estas dos ideas en contacto y comprenderemos por qué nuestro propio *Dharma* es el único camino que lleva a la perfección.

Tenemos entonces la definición completa de *Dharma*, como se muestra en la presente lámina.



El Dharma es la naturaleza interior
de un ser en un
momento dado de la evolución....
y la ley que rige el período próximo
en que entrará en
desenvolvimiento

Las cuatro castas según las leyes de Manú

Dentro de las tareas para el desarrollo evolutivo está la del establecimiento de las grandes Razas Raíces en las que nos desenvolvemos los seres humanos, una tras otra. Uno de los Grandes Seres conocido como el Manú, tiene a su cargo esta importantísima tarea. Para ayudar al desarrollo evolutivo de la quinta raza raíz, la aria, última en aparecer y cuyo origen indio se remonta a varios miles de años, el Manú estableció cuatro castas, dentro de las cuales pueden incluirse a todos los seres de acuerdo con su estado de evolución. Para poder avanzar en este propósito cada individuo de una casta debe cumplir su *Dharma* paso a paso hasta alcanzar un alto grado de perfección dentro de ella. Una vez aprendidas las lecciones que corresponden a la casta a la que pertenece y cumplido su propósito, el ser está suficientemente preparado para cumplir obligaciones más altas e importantes en la siguiente casta. Las cuatro castas, en su orden y con sus nombres sánscritos, fueron la del *Shudra*, la del *Vaisha*, la del *Kshatriya* y la del *Brahmán*.

Dharma del Shudra

El primer *Dharma* es el del servicio. Antes de mandar es necesario aprender a obedecer. No se le puede pedir a un soldado que dirija un regimiento; las órdenes deben venir de su comandante y al soldado le corresponde obedecer. La responsabilidad, si algo sale mal, no es de él sino del comandante. Lo mismo puede decirse de un sirviente en una casa de familia; su obligación es obedecer las órdenes del amo. Tiene que aprender a obedecer porque todavía no ha desarrollado el juicio.

La ley del crecimiento del *Shudra* es la obediencia, la devoción, la fidelidad, en el campo en que se esté desempeñando. Es un largo aprendizaje a través de muchas vidas, de muchas situaciones y de muchos oficios hasta llegar al cumplimiento de su deber en forma impecable.

El deber del superior es manifestar cualidades superiores, pero de ningún modo tiene derecho de exigirles de sus inferiores, que deben ser guiados con dulzura.

Dharma del Vaisha

El *Dharma* de esta alma es desenvolver todas las cualidades maduras, tales como el espíritu de justicia, la equidad en las relaciones con otros, la facultad de no desviarse de los objetivos por simples razones de sentimientos, el desenvolvimiento de cualidades como la astucia y la perspicacia sabiendo mantener en equilibrio la balanza entre los deberes contradictorios, el hábito de pagar lealmente en los asuntos legales, un espíritu penetrante, la frugalidad, la ausencia de despilfarro y de prodigalidad, la regla de exigir a cada servidor el servicio que debe prestar y pagarle su salario justo pero nada más, exigir en las transacciones la rectitud y la exactitud, acumular con energía y gastar con cuidado, desarrollar discernimiento y liberalidad. Éstas son cualidades, entre otras más, para cumplir el *Dharma* del *Vaisha*.

En los tiempos en que el Manú estableció las castas, las disciplinas a través de la cuales los seres se ganaban el sustento no eran tan variadas como en la actualidad. Podríamos tal vez decir que, dentro de la casta de los *Vaishas*, en esos tiempos estaban especialmente los agricultores, los pastores y los comerciantes. Pero también podemos considerar ahora como un *Vaisha* a cualquier ser que, no importa que profesión tenga o cómo se gane la vida, esté dentro de las condiciones señaladas arriba.

El cumplimiento de todo esto está dirigido hacia un estado ideal de justicia en el mundo, todavía muy lejos de lograrse.

Dharma del Kshatriya

Esto nos lleva al grado siguiente, el de los reyes y guerreros, de las batallas y las luchas, en que la naturaleza interior es combativa, agresiva, batalladora, sabiendo mantenerse en su puesto y pronta a defender a cada uno en el ejercicio de sus derechos.

El valor, la intrepidez, la generosidad magnífica, el sacrificio de la vida en la defensa de los débiles y el cumplimiento de los deberes personales tal es el *Dharma* del *Kshatriya*. Su deber es proteger lo que le está confiado contra toda agresión exterior. Esto puede costarle la vida, pero poco importa. Debe cumplir con su deber. Su trabajo es proteger, guardar. Su fuerza debe servir de barrera entre el débil y el opresor, entre el ser indefenso y los que quieren pisotearlo.

Ni la firmeza ni el valor pueden adquirirse sin afrontar el peligro, sin estar dispuesto a renunciar a la vida cuando el deber exige tal sacrificio. Su alma adquiere el espíritu de renunciación. Aprende a tener confianza en sí mismo, la consagración a un ideal, la fidelidad a una causa. Da alegremente su cuerpo como precio de esas virtudes, y su alma inmortal se eleva triunfante para prepararse a una vida más hermosa.

Dharma del Brahman

Transcribo textualmente lo que la señora Besant expone tan bella e inspiradoramente en su libro *Dharma*:

Viene por fin el último período: el de la enseñanza. Aquí el *Dharma* es enseñar. El alma debe haber asimilado todas las experiencias inferiores antes de poder enseñar. Si ella no hubiese atravesado todos estos períodos anteriores, y obtenido la sabiduría por la obediencia, el esfuerzo y la lucha ¿cómo podría enseñar? El hombre ha llegado a este grado de evolución en que la expansión natural de su naturaleza interior le impulsa a instruir a sus hermanos más ignorantes. Estas cualidades no son artificiales. Son naturales e innatas y se manifiestan donde quiera que existan.

Un Brahman no es un Brahman si, por su *Dharma*, no ha nacido instructor. ¿Ha adquirido conocimiento y un nacimiento favorable? Esto es para ser instructor. La ley de su desenvolvimiento es el conocimiento, la piedad, el perdón de las ofensas, la simpatía por toda criatura. ¡Qué *Dharma* tan diferente! Pero ¿cómo el Brahman podría sentir simpatía por toda criatura si no hubiese aprendido a sacrificar su existencia a la voz del deber? Las mismas batallas han enseñado al Kshatriya a ser más tarde el amigo de toda criatura.

¿Cuál es para el Brahman, la ley de su desarrollo? No debe perder jamás el imperio sobre sí mismo. Jamás debe ser arrastrado. Siempre debe dar prueba de dulzura. De otra manera, falta a su *Dharma*. Debe ser absolutamente puro. Jamás deberá llevar una vida indigna. Debe desprenderse de los objetos terrestres si ejercen alguna acción sobre él. ¿Es esto un ideal imposible? Yo no hago más que enunciar la ley que los Grandes Seres han enunciado antes. Mis palabras solo son un débil eco de las suyas. La ley nos ha dado este modelo. ¿Quién se atreverá a modificarlo?

Si el mismo Shri Krishna ha proclamado este ideal, como el *Dharma* del Brahman, es que tal debe ser la ley de su desenvolvimiento: y el objeto de este es la liberación. La liberación le espera, pero solamente si él manifiesta las cualidades que debe haber adquirido y si se conforma al modelo sublime que es su *Dharma*. Solo con estas condiciones tiene derecho al nombre de Brahman. El ideal es tan bello, que todos los hombres serios y reflexivos aspiran a él. Pero la sabiduría interviene y dice: "Si, él te pertenecerá, pero es preciso ganarlo. Es preciso crecer y trabajar. Este ideal es verdaderamente para ti, pero no antes de que hayas pagado su precio".

Es importante comprender para nuestro propio crecimiento y para el de las naciones, que esta distinción entre los *Dharmas* depende del grado de evolución y de saber reconocer nuestro propio *Dharma* en los trazos distintivos que encontramos en nuestra naturaleza. Si presentamos a un alma que no está preparada, un ideal tan elevado que no se sienta conmovida, impedimos su evolución. Si le presentáis a un hombre vulgar el ideal de un Brahman, le ofreceréis un ideal imposible de perseguir y por consiguiente, no hará nada.

Si dirigís a un hombre palabras que no están a su alcance, creerá que no tenéis razón, porque le impulsáis a hacer algo de que no es capaz. Vuestra locura le ha presentado móviles que no le atañen.

Eran más sabios los maestros de antaño, que daban a los niños golosinas y después lecciones más avanzadas. Nosotros, en nuestra habilidad, hacemos valer a los ojos del más abyecto pecador, móviles que corresponden a un gran santo y así, en lugar de ayudar su evolución, la retardamos. **Colocad vuestro propio ideal tan alto como sea posible, pero no lo impongáis a vuestro hermano**, pues la ley de su crecimiento puede ser enteramente diferente de la vuestra. Aprended la tolerancia que ayuda a cada hombre a hacer, donde quiera que esté, lo que para él es bueno hacer y lo que su naturaleza le impulsa a realizar. Dejándolo en su sitio, ayudadlo.

Aprended esta tolerancia, que no siente alejamiento por nadie, ni aún por los pecadores, que ve una divinidad trabajando en cada hombre y está cerca de él para ayudarlo. En vez de permanecer apartado a causa de un pique espiritual y de predicar a este hombre una doctrina de renunciamento que es superior a él, haced, para instruir su joven alma, que su egoísmo superior sirva para destruir su egoísmo inferior.

No digáis al hombre vulgar que si no es trabajador traiciona su ideal. Decidle más bien: He aquí vuestra mujer a quien amáis y se muere de hambre. Trabajad para mantenerla. Al hacer valer este móvil, seguramente egoísta, haréis más por el avance de este hombre, que disertando ante él sobre Brahma, lo no condicionado y lo inmanifestado. Aprended el significado del *Dharma* y podréis ser útiles al mundo. Yo no quiero rebajar en una línea vuestro propio ideal. No sabrías picar muy alto. El solo hecho de que podáis concebirlo os permitirá alcanzarlo, pero no por eso ha de ser el ideal de vuestro hermano menos desarrollado y más joven. Tomad por objetivo aquello que podáis imaginar de más sublime en el pensamiento y en el amor; pero al tomar este objetivo tened en cuenta los medios, lo mismo que el fin, vuestras fuerzas y vuestras aspiraciones. Si éstas son elevadas, serán para vuestra próxima existencia los gérmenes de nuevas facultades.

Manteniendo siempre un ideal elevado, os aproximáis a él y lo que hoy deseáis con ardor, lo seréis en lo porvenir. Pero es necesario tener la tolerancia del que sabe y la paciencia que es divina. Todo lo que está en su lugar está en buen lugar. A medida que la naturaleza superior se desenvuelve, va siendo posible atraer cualidades tales como la abnegación, la pureza, la devoción absoluta y la voluntad fuertemente dirigida hacia Dios. Este es el ideal por realizar para los hombres más avanzados. Elevémonos gradualmente hacia Ti, no sea que faltemos completamente a nuestro fin.

Hasta aquí las palabras de la señora Besant.

Podemos ver, teniendo en cuenta lo anterior, que lo que enseñó el Manú cuando estableció las cuatro castas en la India, es sabio y útil para todos los seres humanos de cualquier época, raza, cultura y creencia religiosa. El *Dharma* o Deber no tiene que ver con el grupo familiar o social en que se encuentra un individuo por nacimiento, sino por su desarrollo de conciencia en que se encuentra. Por ejemplo, los Apóstoles que siguieron a Jesús eran verdaderos Brahmanes, aunque pertenecían a familias humildes y sus medios de subsistencia eran también humildes. Jesús mismo era un carpintero.

Esta sublime enseñanza de las castas, se dio por primera vez en la India, y los hindúes la

siguieron hasta hoy en día, cuando se sigue la forma, pero se perdió la idea fundamental. El sistema de castas en la India son hoy un gravísimo problema que gobiernos recientes han tratado de resolver suprimiéndolas totalmente, pero está tan arraigado por la costumbre de milenios que ha sido imposible lograr hacerlo. Hoy las castas se determinan por estratos artificiales sociales y económicos principalmente, que se han hecho muy complejos por matrimonios de personas que, por ejemplo, pertenecen al mismo grupo social, pero son de distinto estrato económico, a tal punto que las cuatro castas se han multiplicado en infinidad de subcastas, cada una con sus propias reglas excluyentes que separan y discriminan a unos de otros.

El Manú estableció las castas para ayudar al desarrollo gradual de la conciencia, y por tanto es útil, de aplicación y de vigencia en nuestra época. Si conocemos nuestro estado de desarrollo en un momento dado, podemos cumplir el deber que nos corresponde y que nos permitirá dar un paso hacia adelante en el camino evolutivo; y nos pone en condiciones, teniendo en cuenta las diferencias de quienes queremos ayudar, de hacerlo en forma sabia y eficiente.

La moralidad

La moralidad es un asunto muy sutil estrechamente relacionado con el *Dharma*, y que no se puede comprender sin comprender a este último. Por eso lo hemos tratado primero.

En qué estriba esa sutileza. En que lo que para uno es bueno, puede ser malo para otro. El bien y el mal no son absolutos sino relativos, y deben ser juzgados relativamente según el individuo y sus deberes. Todo en la manifestación es relativo; el bien absoluto no existe sino en Dios.

Para nuestra manera acostumbrada de pensar, esto o aquello es bueno o malo, y así lo juzgamos. Se hace así a cada momento cuando se juzga la conducta de los demás. El tema más generalizado en las conversaciones es el de qué dijo o qué hizo o por qué actúa así una persona ausente en el momento; se pretende que se conocen aun los motivos más íntimos, y sobre esa base se juzga y se condena generalmente a la víctima, y en pocas ocasiones se le defiende o absuelve. Se pretende, sin justificación, que los que intervienen son justos y, por lo tanto, dan su veredicto, porque saben que esto está bien y esto otro está mal. Con esta visión de bien y mal absolutos también están hechas las leyes de todos los países del mundo. Sin tener en cuenta el estado evolutivo de la persona en un momento dado, se cometen muchas injusticias en el mundo.

Según la Teosofía ¿qué son entonces el bien y el mal?

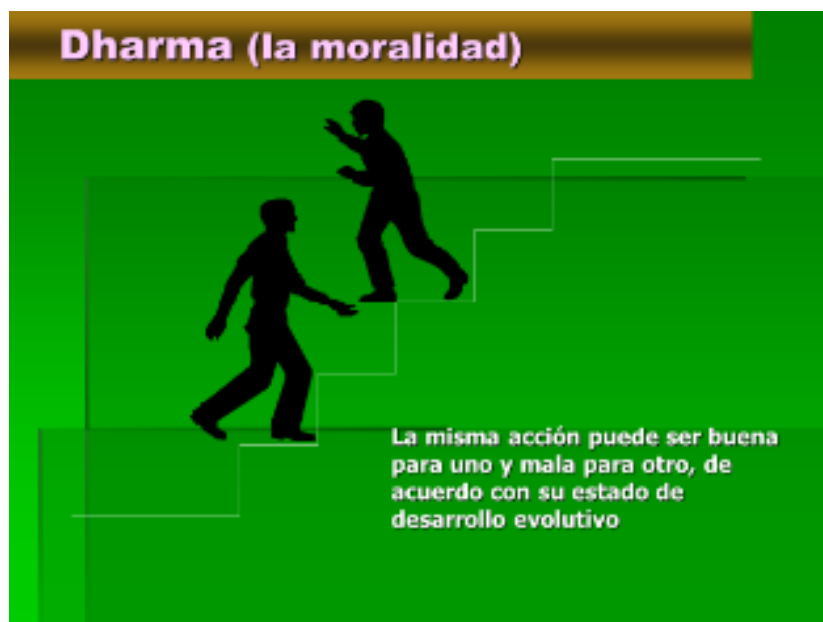
Desde el punto de vista del propósito de la evolución para los seres humanos, que es alcanzar la estatura del hombre perfecto, el bien es lo que contribuye a lograr esa meta. Pero, en el camino, hay ciclos que deben cumplirse a cabalidad antes de seguir en uno siguiente. Son los deberes o *Dharmas* que se deben cumplir gradualmente — del Shudra al Vaisha, de éste al Kshattriya, y luego al Brahman, y en cada caso, el deber corresponde al nivel evolutivo en que se encuentre el ser en un momento dado cualquiera. Y ya vimos que son deberes diferentes, incluso antagónicos, para avanzar hacia la meta. Siguiendo ese razonamiento lógico, el mal es lo que estorba ese propósito.

El bien y el mal

Tenemos entonces que **el bien es lo que contribuye a la evolución hacia la divinidad. El mal es lo que estorba y retarda su marcha.** Examinemos esto a través de un ejemplo.

Supongamos que dos individuos tienen como propósito subir del primero al segundo piso de una casa. Uno está cumpliendo el recorrido y se encuentra en el segundo escalón; pasar al tercer escalón está bien porque lo acerca a la meta propuesta. El otro individuo llega al cuarto peldaño, se detiene, se devuelve, y baja al tercer peldaño; pasar al tercer peldaño, estando ya en el cuarto, está mal, porque se olvidó del propósito y se alejó de la meta. La misma acción, pasar al tercer peldaño, puede ser buena para uno y mala para el otro. Si aplicamos esto a la evolución de la conciencia encontraremos que esto es así exactamente.

Veamos esto a través del deber o *Dharma* de un ser humano muy avanzado en su evolución espiritual — un verdadero Brahman: San Francisco de Asís. Francisco era hijo de Pietro Bernardone, un rico y honorable comerciante de telas — un Vaisha — que estaba desarrollando su conciencia a través del cumplimiento justo de las obligaciones de su casta. Amaba a su hijo, quería lo mejor para él, y su sueño era que heredara el negocio para que viviera bien y desahogadamente, pues suponía, como la inmensa mayoría de los seres humanos, que para eso estamos en el mundo. Pero Francisco se negó porque tenía una mira más alta; se identificaba con el sufrimiento de los pobres y estaba decidido a abandonarlo todo para dedicarse a la elevada tarea de ayudar y servir al necesitado de acuerdo con los dictados de su corazón. El padre se enoja, deshereda al hijo, y lo despide de su casa exigiéndole que se vaya sin llevarse absolutamente nada pues nada le pertenece.



¿Qué ha pasado aquí de acuerdo con las Leyes de Manú? Bernardone estaba cumpliendo con los deberes de su casta, pero no podía exigirle a Francisco que volviera a cumplir esos deberes, pues ya los había aprendido en un lejano pasado. Volver a ello, aunque de todo punto de vista honorable, sería un retroceso; sería pasar del cuarto peldaño al tercero del ejemplo anterior. Francisco tenía que cumplir un *Dharma* superior, seguir ascendiendo en la escala evolutiva

hacia la perfección.

Para cumplir el *Dharma* tenemos que desentrañar el enigma del bien y del mal.

El bien y el mal

El pensamiento teosófico nos lleva a ver todo desde el punto de vista de lo eterno, de la conciencia imperecedera, y de los pasos para el logro de su propósito a través de experiencias en los mundos de la manifestación. Las metas del hombre común se limitan a logros materiales en el mundo material, y, por consiguiente, el concepto que puede tener del bien y el mal se basa en esas metas. Son metas a corto plazo dentro de los años de una vida en el mundo físico; metas generalmente egoístas que buscan el bienestar y gozo personales como si esa vida física no tuviera un final.

La Teosofía nos muestra que **el bien es lo que contribuye a la evolución hacia la divinidad. El mal es lo que estorba y retarda su marcha.**

Volviendo al ejemplo de la escalera, cada paso representa una acción, buena o mala si se dirige en uno u otro sentido para acercarse o alejarse de la meta.

Tenemos entonces que,

- Desde el momento en que se tiene conocimiento del mal, ceder al deseo es una degradación voluntaria.
- La experiencia del mal es necesaria solamente antes de que el mal sea reconocido como tal y con el fin de que pueda serlo.
- Pero si una acción es reconocida como mala, es una traición a nosotros mismos permitir que el bruto que está en nosotros se sobreponga al dios que está en nosotros.
- Esto es en realidad lo que es pecado.

Tenemos, de lo anterior, que en la medida en que la evolución avanza, las posibilidades de obrar mal disminuyen, y las de obrar bien aumentan. Nosotros, los seres humanos en general, nos movemos entre el bien y el mal, entre la virtud y sus opuestos. Por ejemplo, exigimos la veracidad y condenamos la mentira, lo cual indica un reconocimiento de qué es recto y debe hacerse, y qué incorrecto y debe eliminarse definitivamente. Nos indigna que nos mientan los políticos, los que manejan la economía de un país, los líderes sociales; no toleramos la mentira en un amigo. Pero, sin embargo, nosotros mismos a veces mentimos y a veces somos veraces. Nuestra conducta es ambigua.

¿Qué pasa? Nos encontramos en la lucha entre el bien, que queremos, y el mal, que deseamos eliminar de nuestra naturaleza. El mismo San Pablo, que va mucho más adelante que nosotros en el camino evolutivo, confiesa: “No hago el bien que quiero sino el mal que no quiero.” Pero en la evolución todo tiende a establecer el bien —lo real, y a eliminar el mal —su sombra. Por ejemplo, la verdad, atributo todavía potencial en nuestra naturaleza más íntima, ha estado despertando a través del tiempo y tratando de establecerse definitivamente. La mentira no es ningún atributo de nuestra naturaleza espiritual; es la expresión temporal de falta de veracidad — aunque esa temporalidad pueda durar miles o millones de años. No podemos decir que una persona es veraz si a veces miente. La calidad de veracidad implica una totalidad; no admite excepciones ni excusas ni circunstancias especiales para transgredirla. Cuando la veracidad sea un atributo completo en nosotros, la mentira habrá desaparecido por completo.

Y así con todos los atributos potenciales divinos: la ignorancia es falta de **sabiduría**, la avaricia es falta de **generosidad**, la debilidad es falta de **fortaleza**, la indecisión es falta de **voluntad**, la lujuria es falta de **pureza**, la torpeza es falta de **habilidad**, el odio es falta de **amor**, la violencia es falta de **comprensión**, y así sucesivamente.

En fin, **EL MAL ES LA AUSENCIA DEL BIEN.**

En el Hombre Perfecto el espectro de virtudes, de cualidades, de atributos, de dones, de propiedades, está completo y activo en grado maravilloso. El bien y todo lo bueno es propio de su naturaleza. El mal ha desaparecido en Él completa y naturalmente.

Sin embargo, el desarrollo de conciencia continúa, pues la perfección no tiene límites. El mal ha sido vencido, ya no existe, pero la necesidad de continuar la educación para aplicar sabia y útilmente las capacidades y virtudes continúa — del aspirante al discípulo, de éste al Maestro, y más y más allá, en sucesión infinita de seres divinos que viven en lo Eterno.

Hay unas leyes naturales para el crecimiento en la etapa humana, y para ayudarnos a cumplirlas, el Manú estableció el *Dharma* de las cuatro castas.

